

NECROLOGIA

Manuel Moreyra Paz Soldán

Por: Félix Denegri Luna

Conocí a Manuel Moreyra Paz Soldán a fines de la década de 1930. Era un caballero cuarentón, bondadoso y distante, que tenía todo el aspecto del estudioso, con un no sé qué de hombre abstraído, propio, como lo entendíamos los adolescentes de ese entonces, de quienes vivían entre libros y dedicaban sus mejores esfuerzos al estudio.

Pasaron los años y hacia 1950, creo que a través de Jorge Basadre, que apreciaba muchísimo a Manuel y Carlos Moreyra Paz Soldán, tuve la oportunidad de conocer a estos dos peruanos beneméritos.

Ante mi asombro don Manuel Moreyra no sólo era un sabio, con la humildad tan propia de muchos que lo son, sino era hombre que vencida cierta timidez que le era característica, resultaba ser un amigo cordial y sencillo, de una generosidad intelectual extraordinaria, lleno de bondad y comprensión. En Manuel Moreyra la vieja tradición familiar de servicio público siempre estuvo impulsándolo al cumplimiento ejemplar de sus deberes que como alto funcionario de la entonces llamada Superintendencia de Bancos (hoy de Banca y Seguros) debía cumplir con la devota y permanente dedicación al estudio de nuestra historia. Todo hecho con talento, seriedad y entrega y con la profunda convicción de que así contribuía en alguna medida a robustecer la peruanidad. Todo esto, y mucho más, hacía sin ruido, apartado de vanidades, sin buscar reconocimientos pero incansable en cumplir con las tareas que se había impuesto.

Tuvo la gran virtud de reconocer con generosidad los méritos de otros peruanos que hicieron aportes a nuestra cultura, y en su juicio nunca hubo mezquindad, pecado tan común entre nosotros que, lleva, después del encendido elogio a poner el "pero" que disminuye las excelencias ajenas, especialmente las de nuestros contemporáneos. Manuel Moreyra tuvo una actitud muy distinta y a los que éramos más jóvenes nos enseñaba a apreciar la insigne obra de peruanos como José de la Riva Agüero, César Antonio Ugarte, Raúl Porras Barrenechea y Jorge Basadre, por citar el nombre de algunos de los que ya se fueron. A los jóvenes nos estimulaba halagándonos con su aprecio: nadie hizo mayor justicia a la labor histórica de Carlos Camprubí Alcázar que Manuel Moreyra, quien inició a Carlos en estos quehaceres.

Con la llaneza propia del gran señor que fue, a poco caminar, se estableció entre nosotros una sólida amistad, que me llevó a frecuentar tanto su casa sanisidrina como las oficinas de la Superintendencia de Bancos, en su antiguo local de la limeña calle San José, en un inmueble cargado de historia, y donde residió el Libertador Bolívar.

Manuel Moreyra se sentía muy a gusto en el gran salón donde desarrollaba sus labores cotidianas. Se le podía contar entre los fundadores de la Superintendencia, creada por la Ley No. 7159 a 23 de mayo de 1931, pues Moreyra ingresó a servirla el 10. de setiembre del mismo año.

Su primer cargo fue el de Comisionado y, entre las delicadas tareas que debió asumir, le correspondió supervisar la liquidación del Banco Perú y Londres, asunto que conmovió a la ciudadanía.

Trabajó en la Superintendencia hasta 1965, de la que tuvo que retirarse por haber alcanzado los setenta años, edad en la que le fue obligatorio dejar el Servicio Civil. Sólo por un breve período se apartó de aquella entidad. Desde fines de 1940 fue su Intendente de Inspecciones, difícil tarea en la que se hizo acreedor al respeto y afecto de propios y extraños, por la rectitud con que la desempeñó.

La Providencia, como hemos dicho, condujo a Moreyra al lugar más adecuado del Perú de esos días para que se iniciase en los estudios de Historia, Económica del Perú, fue en la Superintendencia de Bancos donde se encontraría con quien, como dice Raúl Porras Barrenechea: fue "el gran renovador de estos estudios prematuramente desaparecido César Antonio Ugarte (1895-1933)", (*Fuentes históricas peruanas*, Lima, 1954, pág. 341).

Lo que afirmamos no implica desconocer la valiosa labor que en estos estudios se realizaron desde los días virreinales, como hace obvio al ver el amplio espacio que dedicó a tales disciplinas la insuperada publicación de la Ilustración Peruana, el Mercurio Peruano. Ni olvidar las obras de Pedro Joseph Bravo de Lagunas y Castilla, de Joseph Baquíjano y Carrillo y Victoriano Montero, por sólo citar unos pocos nombres de limeños que en el siglo XVIII se dedicaron con seriedad a estos estudios. En los días de la Independencia brilló el nombre del polígrafo ariqueño Hipólito Unánue.

En los años iniciales de la República el debate sobre las consecuencias de la libertad indiscriminada de comercio y sus repercusiones, producen páginas brillantes por la penetración y conocimiento de los que la escribieron.

En el siglo XIX se debe recordar a Manuel Argumaniz y sus valiosas *Memorias*, aún inéditas; a Juan Copelo y Luis Petricconi y sus *Estudios sobre la Independencia Económica del Perú*; a Luis Esteves y sus pioneros *Apuntes para la Historia Económica del Perú*, y los nombres de los que tanto han aportado en estos campos como J.M. Rodríguez, Alejandro Garland, Pedro Emilio Dancuart, Carlos B. Cisneros y tantos otros más que merecen nuestra gratitud por sus valiosas contribuciones.

Por eso, y sin desconocer las obras clásicas de Emilio Romero, esenciales y básicas, debemos recordar que en la Superintendencia de Bancos se jun-

tó un grupo, que debió ser inicialmente presidido por César Antonio Ugarte, y que conformaron Manuel Moreyra Paz Soldán, Alejandro Revoredo y, unos años después, el también tempranamente desaparecido Carlos Camprubí Alcázar. Este selecto conjunto de estudiosos, es en nuestra opinión, el creador de la moderna escuela de historiadores conómicos del Perú. No queremos desconocer la labor ni méritos de otros más jóvenes, pues con excepción de Camprubí, nacido en el Cuzco en 1914, tanto Revoredo como Ugarte, Moreyra y Romero nacieron a fines del XIX, ya que aquellos pertenecen a otras generaciones.

Al tratar de la Historia Económica, Jorge Basadre con concisión nos dice: "Es evidente que, en el pasado, la atención de los historiadores peruanos de la República estuvo concentrada, en general, más en los problemas internacionales. Se registra un cambio después de 1932-1934. En el futuro inmediato y mediato ha de venir sin duda, el desarrollo de los estudios de historia económica cuyos abnegados iniciadores fueron el olvidado Luis Esteves, César Antonio Ugarte (muerto con gran pérdida nacional). Emilio Romero y, sobre todo, Manuel Moreyra Paz Soldán" (*Introducción a las Bases Documentales para la Historia de la República del Perú con algunas reflexiones*, Lima 1971, pág. 140).

Su formación de ingeniero civil y su habilidad matemática, ayudó a Manuel Moreyra, quien en su empeño por encontrar soluciones a la crisis económica que en esos años agobiaba al Perú, creyó que las respuestas a esos problemas tenían que basarse en sus antecedentes, los que necesariamente se tenían que encontrar en nuestra historia. Y así orientó su esfuerzo Moreyra.

Urgencias de índole nacional movieron a los historiadores peruanos, desde el término de la Guerra del Pacífico hasta 1929 lo menos, a dirigir sus investigaciones para obtener las bases históricas en qué fundar los derechos que invocábamos en nuestra disputas fronterizas y en nuestro conflicto con Chile. Pero Moreyra, superados los problemas inmediatos, creyó con razón que el verdadero por qué de los hechos y circunstancias que nos presentaba nuestra historia internacional, y que muchas veces resultaban incomprensibles, debían encontrarse en el estudio de nuestra historia interna y entró de lleno a estudiar sus aspectos económicos.

En la Lima empobrecida de la década que comenzó en 1931, era notoria la flaqueza de nuestras librerías, pero Moreyra Paz Soldán se las ingenió para estar al día en materia de la bibliografía más avanzada para los estudios que le interesaban. Tomó contacto con uno de los historiadores más ilustres de este siglo, nos refreimos a Woodrow Borah, y esta relación que se tornó en una buena amistad, rindió buenos dividendos para ambos historiadores, dándole al peruano la oportunidad de conocer obras de los más ilustres historiadores económicos y las nuevas tendencias que iban ampliando los campos de estudios.

Después de cuidadosa preparación y con plena conciencia de las dificultades que debía afrontar en nuestro medio, con nuestros archivos desordenados y la vieja Biblioteca Nacional que no contaba ni con un mediano catálogo, a pesar de todo, Moreyra decidió trabajar con la seriedad y talento

que le eran propios, sin la prisa de quienes buscan éxitos de relumbrón. Publicó una serie de trabajos monográficos, algunos sobre temas tediosos para el lector común pero esenciales para poder encontrar los porqué que él buscaba, en forma tal que pudo penetrar y conocer cosas recónditas, de allí que Jorge Basadre, dijese de él: "(....) y, sobre todo, Manuel Moreyra Paz Soldán", al referirse a quienes más se distinguieron en esas tareas.

En su quehacer nunca buscó la figuración ni el halago del reconocimiento público, y no tuvo más premura que la de descubrir las verdades que buscaba. Cuanto tiempo le tomase o cuanto esfuerzo, eso no contaba en este erudito de buena ley, en él que además estuvo siempre presente la motivación patria.

Desde su juventud Manuel Moreyra tropezó con dificultades visuales que con el correr de los años lo llevaron a una casi total ceguera, que fue lo único que pudo frenar sus ímpetus. Por varios años, ya en edad avanzada, estuvo prácticamente ciego, pero con una entereza, sustentada en su profundo y auténtico espíritu cristiano, Moreyra enfrentó esta adversidad, hasta que un cirujano peruano le devolvió el don inapreciable que había perdido. Reemprendió con más ahinco sus tareas, en las que prosiguió hasta pocos meses antes de su reciente fallecimiento, sin que las enfermedades que doblegaron su físico lograran torcer su voluntad, eso nos consta a sus amigos cercanos, ya que casi hasta su final se comunicaba con ellos para enterarse de la marcha de las investigaciones de otros y en especial de la vida de la *Revista Histórica*, órgano de nuestra Academia Nacional de la Historia, a la que él por muchos años mantuvo viva, gracias a su indesmayable impulso.

En su afán de contar con fuentes primarias que diesen sólidas bases a sus estudios y a los de otros, Moreyra Paz Soldán no escatimó intento para tan noble propósito. Su escudriñar no lo limitó a los repositorios nacionales sino que lo extendió al extranjero. Así pudo presentar dos colecciones documentales ejemplares: una, de cartas de virreyes con la correspondencia del Conde de la Monclova (tres volúmenes), preparada en colaboración con uno de los más altos especialistas españoles, Guillermo Céspedes del Castillo; y otra, de documentos para la historia económica con los cuadernos de las juntas del Tribunal del Consulado de Lima.

Fue peculiar su generosidad para otros investigadores, virtud no común, y fue tan amplio que ofrendó a sus colegas, ya fuesen sus pares o a los que se iniciaban, sus conocimientos, su biblioteca y los materiales inéditos o las copias mecanografiadas de los mismos, que había obtenido para su labor y que eran fruto de largas investigaciones. Encargado del rico archivo familiar, facilitó su acceso a quienes quisieron estudiarlo, para finalmente, con acuerdo de sus hermanos, donarlo al Archivo General de la Nación.

Manuel Moreyra Paz Soldán fue un verdadero humanista y su inquietud lo llevó a campos muy distintos de los de su profesión de ingeniero y de su quehacer de historiador. El lenguaje lo apasionaba y así estudió con seriedad y profundidad las materias vinculadas al mismo; las matemáticas lo atraían y también especuló en esta disciplina; la filosofía lo seducía y no perdió ocasión de estudiarla y, finalmente, como buen y profundo cristiano, disfrutó

a lo largo de su vida estudiando con asiduidad las ciencias religiosas, en las que fue uno de nuestros más distinguidos y serios expertos.

Finalmente queremos anotar algunos de los títulos de sus obras: *Apuntes sobre la historia de la moneda colonial del Perú* (1938); *Estudios sobre el tráfico marítimo en la época colonial* (1944); *Biografías de los oidores del siglo XVII y otros estudios* (1957); *Temas históricos* (1966) y *La Moneda colonial; capítulos de su historia* (1980). En sus últimos años trabajó con paciente y perfeccionista morosidad en la revisión de sus artículos y ensayos sobre la moneda republicana del Perú, con el ánimo de publicar estos valiosos estudios en un libro, que ojalá se edite pronto.

En reconocimiento de sus méritos fue elegido miembro de número de nuestra Academia, en esos días el Instituto Histórico del Perú. Dentro de nuestra corporación fue un factor importantísimo para mantener las actividades que nos son propias y cumplió con abnegación las tareas de tesorero y, por largos años, dirigió nuestra *Revista Histórica*, a la que dedicó sus mejores esfuerzos para mantener su continuidad y la calidad que la ha caracterizado desde sus inicios.

En sus últimos años, su dificultad visual lo obligó a dejar la dirección de nuestro Boletín, pero eso no significó que no se mantuviese en contacto con sus colegas, a los que siempre alentaba, preocupándose, aun días antes de su sensible fallecimiento, por saber cuándo aparecería nuestra *Revista*, por la que tanto había hecho.

Con la desaparición de Manuel Moreyra Paz Soldán pierde el Perú a uno de sus hijos más eminentes. Peruano que sin desmayos puso su talento por más de sesenta años para estudiar aspectos de nuestra historia que algún día tendrán que servir para dar soluciones a nuestros siempre angustiantes problemas económicos y para que se pueda trazar, dentro de un proyecto nacional, una verdadera política económica peruana. Su vida fue un ejemplo de callada pero seria dedicación de servicio a la Patria, ya fuese en la actividad pública o privada, sin regateos y con total entrega. Aún en los años en que por su avanzada edad hubiera podido dedicarse al merecido descanso siguió indomeñable en sus empeños.